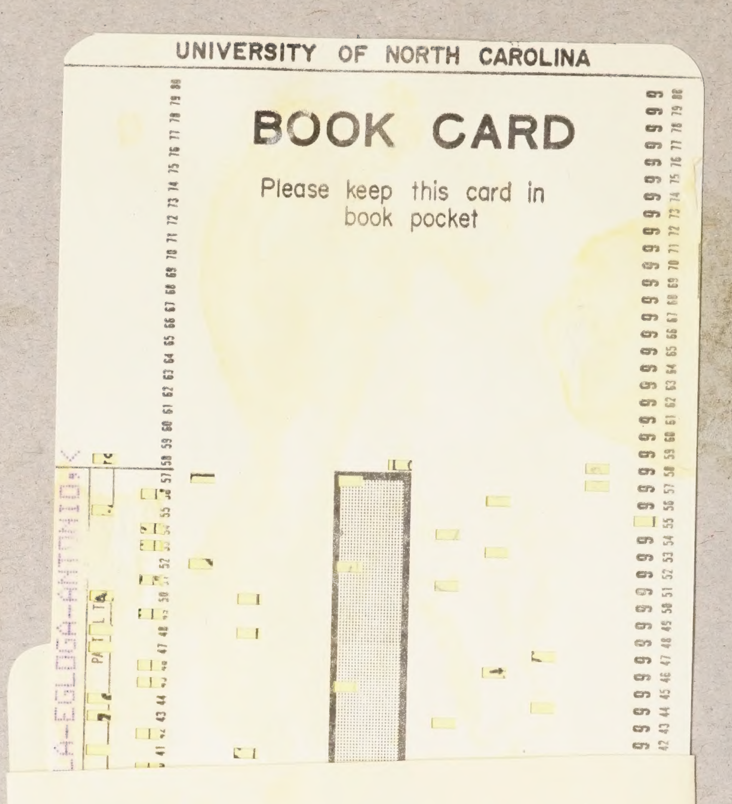
PQ6438
.Z5
E3
1924

LA EGLOGA ANTONIO, UNA OBRA INEDITA DE LOPE DE VEGA.

MANUEL MACHADO Y RUIZ

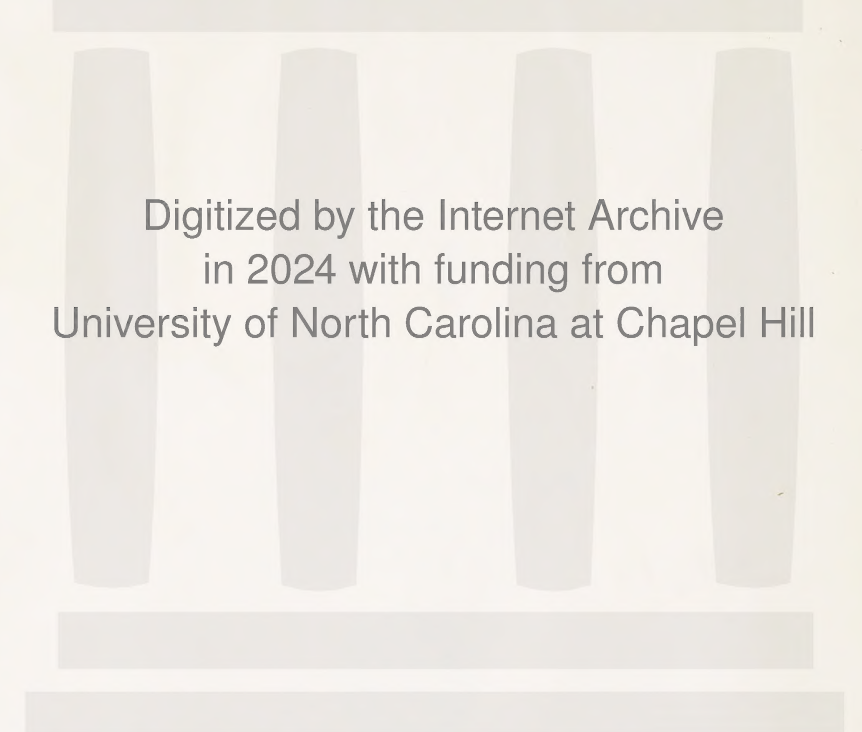


THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6438
.Z5
E3
1924



Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laglogaantoniaun00mach

MANUEL MACHADO

LA ÉGLOGA ANTONIA

UNA OBRA INÉDITA DE LOPE DE VEGA

(Tirada aparte de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid)



MADRID
Imprenta Municipal

1924

PQ 6438
Z5
E3
1924

MANUEL MACHADO

LA ÉGLOGA ANTONIA

UNA OBRA INÉDITA DE LOPE DE VEGA

(Tirada aparte de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid)



MADRID
Imprenta Municipal
1924

A Enrique F. y Gutiérrez
Roig, gran bibliófilo y
excelente amigo.
Su devotísimo
Manuel Machado
Dicbre - 1924.

LA ÉGLOGA «ANTONIA»

UNA OBRA INÉDITA DE LOPE DE VEGA

Las felices circunstancias que nos permiten rendir hoy un buen servicio a la Historia de nuestras Letras y en especial a la bibliografía y biografía de Lope, (1) no nos desvanecen ni consienten hasta el punto de dar a este trabajo otro alcance que el de una mera aportación de materiales, valiosísima sí, por la importancia del precioso hallazgo que es una obra inédita de Lope, pero desprovista por nuestra parte de todo aparato crítico y de tan sabios y luminosos comentarios como fueran de desear y le pertenecen, a más doctas plumas reservados.

Nuestra labor va a reducirse a completar, transcribir y publicar por la primera vez la égloga de Lope titulada ANTONIA, hasta hoy inédita, cuyo original lloraban perdido los eruditos del pasado siglo y aun los del presente (2) porque ignoraban el paradero del famoso códice de

---

(1) No sólo de las églogas, como dicen Rennert y Castro, pueden sacarse materiales para la biografía de Lope. Era nuestro poeta de tal condición, tan verdaderamente lírico y subjetivo, que casi todas sus composiciones trascienden sucesos de su vida y sentimientos personalísimos. Convierte Lope en poesía todos sus amores, penas y alegrías, sin cuidarse las más veces de velar sino muy vagamente la *clave* de sus poemas. Sabidísimo es que casi todas sus novelas—*La Dorotea* principalmente—muchas de sus comedias, contienen rasgos de su propia vida. Pero es, en efecto, cierto que las églogas son todas autobiográficas y poco ha tenido que hacer la crítica para descubrir a Lope bajo los bucólicos nombres de *Eliso, Lisardo, Belardo, Elisio,* etc.

(2) Dice Barbieri en su precioso libro *Últimos amores de Lope de Vega Carpio*... (Madrid, 1876; pág. 147): «En un códice autógrafo de borradores de Lope, que fué de D. Agustín Durán y *ahora no sé quién lo posee,* se halla la siguiente composición [la Loa, que a continuación reproduce] escrita por el ilustre Ingenio para celebrar una fiesta de su *Antonia Clara*. La ha dado a la estampa D. Cayetano Rosell en el tomo XXXVIII de la *Biblioteca de Autores Españoles,* págs. 239 y 240, con el título de *Loa para una Égloga,* y dice que en el códice se halla asimismo la égloga, que no traslada por ser muy larga y estar incompleta. Lástima es que el Sr. Rosell no publicara la dicha égloga, porque siendo escrita para una fiesta tan íntima, de seguro ha de tener muchos datos y alusiones interesantes para descubrir más detalles de la vida de Lope y su familia en aquellos tiempos. Estas piezas debieron representarse en casa del autor, presente el Duque de Sessa. La Loa fué recitada por la misma Antonia Clara, vestida con sotanilla de sacristán, cuyo nombre y apellido, así como el nombre de *Feliciana,* están expresos en ella. *Gregorillo* es el travieso y desgraciado *Lopito*.»

Los Sres. Hugo A. Rennert y Américo Castro, en su *Vida de Lope de Vega* (Madrid, 1919; página 347) dicen: «Para la misma Antoñica escribió Lope una loa para una égloga, *al parecer perdida*... Es de lamentar grandemente la pérdida de esta égloga que, habiendo sido escrita para la intimidad, sin duda contendría alusiones a sucesos de la vida del poeta, pues ya hemos visto cuán valiosas son las églogas de Lope para el conocimiento de su vida.»

Durán que la amabilidad de sus actuales poseedoras ha puesto en nuestras manos, y a cuya descripción dedicamos en esta misma REVISTA un primer artículo (1).

Sólo D. Cayetano Rossell parece haber manejado a todo su sabor este admirable códice de borradores de Lope y conocido la égloga ANTONIA cuya Loa publica por la primera vez sin dar al hecho la menor importancia y poniéndole la siguiente nota: «Códice autógrafo del Sr. D. Agustín Durán, en el cual se halla asimismo la égloga, que *por ser muy larga y estar incompleta* no trasladamos también aquí» (2). Con razón, a nuestro juicio, se quejan luego, como hemos visto, Barbieri, Rennert y Castro del extraño criterio aplicado aquí por el sabio Rosell. El que la égloga fuese larga no la depreciaba en lo más mínimo; antes aumentaba su importancia biográfica y literaria. Lo de estar incompleta podía ser lamentable, pero nunca motivo para no publicarla. Tanto valdría condenar a perpetua oscuridad un magnífico retrato de Velázquez porque le faltase una mano o la tuviera sin concluir.

Pero además, en esto de lo incompleto, el buen Rosell anduvo, sobre arbitrario, un tanto ligero. Falta, en efecto, en el borrador de la égloga autógrafo de Lope, contenido en el códice de Durán, una relación que debe recitar Antonia en una de las primeras escenas y que comienza con el verso:

«Riberas del humilde Manzanares.»

al que siguen tres hojas en blanco antes de reanudarse la composición.

Pero, ¿no revelaba esto bien a las claras que Lope había decidido intercalar allí—y el espacio señalado marca hasta la extensión ya de él sabida—alguna composición anteriormente escrita—y aun tal vez publicada—para otra de sus obras, o bien como poema suelto, según sabemos que acostumbraba a hacer en muchas ocasiones? ¿No valía en todo caso la pena de apurar las pesquisas y agotar la materia hasta convencerse de lo contrario?..

Se nos dirá que la labor de bucear en el dilatadísimo mar de la producción de Lope en busca de un poema problemático sin más guía que la del primer verso es tarea ímproba y descorazonadora.

---

(1) V. *Un códice precioso...*, págs. 208 a 221 de esta REVISTA.

(2) «*Obras no dramáticas de Lope de Vega*». *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. 38, página 240 a.

Pero conocida la fecha de la égloga—escrita en 1629 para una fiesta de Antonia Clara (1)—no había de irse a buscar mucho más lejos la de la relación que faltaba.

En este convencimiento hemos nosotros procurado hallarla y el éxito ha coronado a poco nuestro trabajo.

En efecto, en el conocidísimo poema de Lope *El Laurel de Apolo*—tan útil para la Historia de la Literatura de su tiempo—publicado en 1630, pero compuesto en 1628 y 29; al principio de la Silva Décima, última de las que integran el poema, intercala Lope varias composiciones sueltas como muestras de diversos géneros: *El Narciso* (Fábula de Eco y Narciso), unos sonetos a Felipe IV y su primera mujer Doña Isabel de Borbón, y a seguida escribe:

«Luego se dió lugar a las estancias
y comenzó un poeta
una historia de amor, si no secreta,
dulcísima de claras consonancias.»

La historia comienza:

«*Riberas del humilde Manzanares.*»

y se desarrolla en ocho lindísimas octavas de tono pastoril y eglógico en que Lope claramente alude a sus amores con doña Marta de Nevares Santoyo, la madre de Antonia Clara, disfrazada en esta ocasión con el nombre de Fílida.

He aquí, pues, la relación que Antonia había de recitar en la égloga, y perfectamente explicado por qué Lope apunta en su borrador el sólo primer verso, dejando espacio para la copia del resto, que tal vez no llegó a hacer nunca por estar ya impreso, si no publicado, *El Laurel de Apolo,* donde completa se contenía la relación. He aquí también a

(1) La fecha en que se escribió la égloga ANTONIA queda determinada casi al día por el lugar que ocupa en el códice de Durán, cuyas composiciones todas van desde fines de 1628 a los últimos meses de 1629 Bastante antes de la égloga, al folio 38 vt.°, se halla el borrador del alegato de Lope en favor de los pintores que termina en el folio 44 v., fechado en 4 de noviembre de 1628 y firmado por Lope con todos sus nombres y apellidos (v. pág. 220 de esta REVISTA). La égloga comienza en el folio 70 y termina en el 96 vt ° y va casi inmediatamente seguida de la Isagoge a los Reales Estudios de San Isidro, que sabemos escrita y publicada en 1629. Y como de varios pasajes de la loa se desprende que la fiesta de Antonia se hizo alrededor de las Carnestolendas, éstas no podían ser otras que las de 1629.

D. Cayetano Rosell desprovisto de la segunda y más, al parecer, válida razón en que apoyaba su descuido en publicar la égloga (1).

Este feliz—y sencillo—descubrimiento nos permite a nosotros—que de todas maneras la hubiésemos publicado—ofrecerla a los lectores en toda su integridad. A lo cual se ciñen por hoy todas nuestras ambiciones. Si bien no se nos oculta la rudeza y pobreza de nuestro trabajo, tan desadornado y escueto de la abundante exégesis filológica, literaria e histórica que podría enriquecerlo y completarlo.

* * *

Para los no especializados, empero, en los estudios lopísticos ni en la admirable, plenísima y aun no del todo esclarecida biografía del Fénix de los Ingenios, parécenos oportuno recordar a grandes rasgos lo que se sabe de esta Antonia que da nombre a la égloga en cuestión.

Fué Antonia Clara, según todos los datos recogidos por los biógrafos de Lope, según el texto de numerosas cartas de éste (2) y según declaración de ella misma explícita en su testamento (3), fruto

---

(1) Pensándolo bien, no es tan extraordinario el criterio de Rossell en este asunto, habida cuenta de la diferencia de método y aun de concepción de la crítica literaria de mediados del XIX con relación a la actual. Predominaba entonces la estimación de las obras por su valor intrínsecamente artístico exclusivo con menosprecio de toda significación histórica, científica y, por decirlo así, biológica (en razón de la vida del arte y del artista). Hoy, en cambio, todo nos sirve de documento en ese sentido. Cuando se trata de un escritor notable, cuanto más de un Ingenio Fénix, no hay boceto, borrador, cuartilla suelta, carta, frase o anécdota de su vida que no tenga para nosotros un valor documental especialísimo y no merezca ser recogido y estudiado con el mismo cuidado exquisito. Esa diferencia explica el tiempo que ha permanecido inédita buena parte de la correspondencia de Lope con el Duque de Sessa, después de conocida por La Barrera y dispuesta como él la tuvo para la imprenta, hasta que Barbieri se decidió a publicarla, no sin ocultar su nombre bajo el inocente disfraz del anagrama.

Cierto que algunas de esas cartas (todavía publicaba ayer varias nuevas en la *Revista de Occidente* el insigne poeta y eruditísimo biógrafo de Lope D. Francisco A. de Icaza), sobre todo aquellas que no tienen un gran valor literario, histórico o autobiográfico hacen a Lope más flaco servicio publicadas hoy por nosotros que escritas por él en su tiempo. Pero de eso al absoluto silencio en que se trató de enterrarlas hay gran distancia, y de seguro un prudente y eficaz término medio.

(2) V. *Últimos amores de Lope de Vega Carpio. Revelados por él mismo en cuarenta y ocho cartas inéditas y varias poesías* [por D. José Ibero Ribas y Canfranc, anagr. de D. Francisco Asenjo Barbieri]. Madrid, 1876.

(3) «Doña Antonia Clara de Vega, soltera, calle de Francos, casas propias, murió en tres de octubre de 1664 años. Recibió los Santos Sacramentos. Testó ante Domingo Hurtado en 2 de octubre de 1664 años. Dejó 3.300 misas de alma. Testamentaría a doña Jacinta de Morales, dichas casas, y Pedro de Prado, calle de San Esteban, portería de San Felipe, casas propias. Enterróse en las Trinitarias descalzas». En el testamento dice la otorgante: «Yó, D.ª Antonia Clara de Vega, natural y vecina de esta villa de Madrid, hija legítima (!) de Lope Felix de Vega y de D.ª Marta de Nevares, su mujer (!).» (V. COTARELO, *Boletín de la Real Acad. Española,* II, págs. 159 y sigs.)

de los últimos (?) amores de Lope de Vega (1) con doña Marta de Nevares Santoyo (la divina *Marcia Leonarda,* la famosa *Amarilis,* tan cantada y llorada por nuestro poeta) mujer que era a la sazón de un Roque Hernández de Ayala, peludo y barbarote hombre de negocios, de cuya mención están llenas las saladísimas y aun pimentadísimas cartas de Lope al Duque de Sessa.

Nació la niña el 12 de agosto de 1617, día de Santa Clara en la casa habitación de doña Marta de Nevares, calle del Infante. Bautizóse catorce días después (2), siendo su padrino el hijo primogénito del Duque de Sessa, D. Antonio Fernández de Córdoba y Rojas, Conde de Cabra por quien se le puso nombre de Antonia. Fué madrina doña Clementa Cecilia de Piña, según la partida hallada por La Barrera y y no Marcela, la hija de Lope, como éste mismo dejaba entender en una de sus cartas al de Sessa.

Vivió siempre Lope enamorado de su Antoñica, que era en extremo hermosa, y discreta al punto de que ya a los ocho años de edad, en el de 1625, «dió motivo a su cariñoso padre para escribir al frente de

---

(1) Tocamos aquí un punto vagamente oscuro en el escabroso asunto de los últimos amores de Lope. Todo parece asegurarnos que Antonia Clara fué su hija Pero... en la égloga *Filis,* última que escribió el Fénix de los Ingenios, toda ella autobiográfica y dedicada a llorar desesperadamente la ingratitud y el abandono de Antonia, se leen los siguientes versos:

Eliso (Lope).

«Así fué el rapto de mi prenda cara.
¡Que propia dicha de clavel temprano!
Que en quién le *cria,* pocas veces para»

y más adelante:

Silvio

«Algunos por tu sangre la tenian»

Eliso

«De engendrar a criar no hay diferencia
Tan engañados como yó vivian».

Y todavía, luego pone en boca de Silvio:

«Cual es el arbol, tal produce el fruto»

¿Reniega aquí Lope de su paternidad en un rasgo de despecho por la ingratitud de su hija, o nos revela realmente el engaño en que todos—y tal vez él mismo—estuvieron algún tiempo. .? Nos inclinamos a adoptar la primera suposición. ¡Pero nos parece de todas maneras oportuno apuntar la segunda.

(2) De la correspondencia entre Lope y el Duque de Sessa está claro que éste no se decidía a cumplir su promesa de apadrinar a la niña y después de largas vacilaciones, que explican el plazo transcurrido entre el nacimiento y el bautizo, endosó el padrinazgo a su hijo primogénito el joven Conde de Cabra. (V. *Últimos Amores de Lope de Vega*... Madrid, 1876.)

sus *Triunfos Divinos* un soneto a nombre de ella, precedido de otros que suenan compuestos por Lopito y su hermana Feliciana, todos tres dirigidos a la Condesa de Olivares, a quien Lope dedicó el libro.» Otra muestra del creciente amor de Lope por su hija Antonia Clara es la encantadora glosa que en celebración de su treceavo cumpleaños 12 de agosto de 1630 le dedicó, titulada: «*Al día en que una niña cumplió trece años, aunque ya no se usan niñas*» y que se publicó después en sus *Rimas divinas y humanas del Licenciado Tomé de Burguillos* (Madrid, 1634).

Dice así la cuarteta, glosada con dos quintillas por cada uno de sus versos:

«Hoy cumple trece y merece
Antonia dos mil cumplir
Ni hubiera más que pedir
Si se estuviera en sus trece.»

No cesó Lope de celebrar constantemente a su Antonia con fiestas y versos, ni de cantarla hasta que finalmente la lloró *perdida* y causa cruel de su propia muerte en su última égloga titulada «*Filis*». Pero no adelantemos los sucesos.

Precisamente un año antes de la citada glosa, fué escrita por Lope la égloga Antonia—cuyo borrador incompleto forma parte del admirable códice de Durán—para festejar con su representación probablemente en casa del mismo Lope, con asistencia del Duque de Sessa— a su predilecta y encantadora Antonia Clara, quien debió desempeñar en ella el papel de la protagonista y recitar además la loa antecedente, así como su hermana Feliciana el personaje que lleva su nombre (1).

Muerta en 1633 doña Marta de Nevares, todo el amor de Lope se concentró, convertido en verdadera adoración en su hija Antonia, que crecía a su lado explendida de hermosura y gentileza. Ella era su compañera y única amiga, su secretaria y su musa y más que hija espejo de sus ojos y báculo de su florida vejez.

No tardó, empero, el padre en notar un cambio radical en el carácter de la muchacha, pues, de abierto y alegre que era, se tornó en

---

(1) No nos atrevemos a convenir del todo con Barbieri en que el Gregorillo de la loa (y Bato de la égloga) fuera «el travieso y desgraciado Lopito», teniendo en cuenta que la fiesta se celebró en 1629, o al menos en esa fecha se escribieron las referidas composiciones, según hemos visto que se desprende del autógrafo, es decir, cuando ya Lope el mozo contaba 22 años de edad y ejercitaba con denuedo y renombre las armas, en cuya profesión encontró pocos años después la muerte cuando alcanzaba el grado de capitán.

agrio, reservado y melancólico. Docto Lope en achaques de amor, no dudó que su hija los padeciera y extremó con ella sus cuidados y vigilancia. Todo inútil, una mañana al despertarse Lope llamó en vano una y mil veces a su hija. Antonia había huído aquella noche del hogar paterno en compañía de su amante y de la infiel criada tercera de sus amoríos, llevándose hasta el perro que guardaba el jardín de la casa (1).

Fué este un golpe irresistible para Lope cuyo fatigado corazón acababa de recibir además el de la trágica muerte del malogrado Lopito (2). No podía tampoco, a lo que se infiere de sus mismos escritos luchar con el raptor de su hija, alto personaje en la Corte (3) y en gran privanza con el Rey. Tuvo que devorar su afrenta y sobre todo su horrible pena por la ingratitud de su hija. De esta amargura están impregnados sus últimos versos dedicados muchos de ellos a lamentar el triste suceso (4). Ello le costó, en fin, la

---

(1) Ocurrió el suceso a fines de 1634, según se deduce de las veladas alusiones de los panegiristas de Lope, sus contemporáneos.

(2) Lope Félix del Carpio y Luján: hijo de Lope de Vega y de Micaela Luján, la famosa Camila Lucinda. Nació en 25 de enero de 1607. Murió hacia el 1634 en un naufragio buscando perlas cerca de la Isla Margarita.

(3) Poco o nada se sabe acerca del raptor de Antonia Clara. De que era poderoso cortesano no cabe duda. Pero aquí acaban todas las informaciones ciertas hasta ahora. Lope le llama Tirsi en su égloga *Filis*.

«Tirsi zagal del mayoral Felino»:

es decir, del séquito de Felipe IV, a quien el mismo Lope llama el *mayoral Felino* en otras ocasiones. Fundado en esto y en ciertos detalles de la égloga *Filis,* Barbieri supone que fuera don Ramiro Núñez Felipez de Guzmán, Duque de Medina de las Torres, Marqués de Toral, yerno del Conde Duque de Olivares (v. *Ultimos Amores...*, págs. 113 y siguientes). Cotarelo aventura la suposición de que el raptor de Antonia fuese el hijo natural del Conde Duque, D. Enrique Felipez de Guzmán; pero parece que este famoso personaje no volvió de Méjico, donde, con el nombre de Julián Valcárcel, estuvo a punto de ser ahorcado por otra clase de fechorías, hasta 1636, esto es, un año después de muerto Lope y de raptada su hija. No falta quien, apuntando más alto, sospecha del propio Rey D. Felipe IV, trayendo a colación para sus aventuradas conjeturas algunos versos de la composición de Lope, titulada «El huerto deshecho», publicado en *La Vega del Parnaso* en 1637.

Nada, empero, repetimos hay de seriamente probable en ninguna de estas suposiciones.

Ya escrito y compuesto lo antecedente, llega a nosotros el rumor de que el docto Icaza, manejando la copiosa parte aún inédita de la correspondencia de Lope, ha encontrado la clave de este enigma y averiguado el nombre del seductor de Antonia Clara, que con otras muchas y curiosas noticias nos revelará en un próximo libro: *Lope de Vega, sus amores y sus odios.* Los amantes de Lope y de las bellas Letras están, pues, de enhorabuena.

(4) Ya hemos hecho alusión a algunas de estas composiciones, entre las cuales es la más notable la égloga *Filis,* último de los poemas que escribió el Fénix de los Ingenios, y que fué publicada por Lope el mismo año de su muerte. Otra es *El huerto deshecho,* que vió la luz por primera vez, ya muerto Lope, en la colección de sus versos *La Vega del Parnaso,* editada en 1637 por Feliciana de Vega y D. Juan de Usátegui, su marido.

En algunas otras poesías sueltas, y aun en sus últimas comedias, hay alusiones de Lope al

vida (1) que su privilegiada naturaleza le prometía harto más dilatada.

Murió Lope en 27 de agosto de 1635 y, desde entonces, poco es lo que se sabe de las andanzas de Antonia Clara. Vivió esta en buenas relaciones con sus hermanas a juzgar por el testamento de Feliciana encomendándole la tutela de su hijo D. Luis de Usátegui y murió al fin a los cuarenta y ocho años, soltera y no desprovista de fortuna según de su propio testamento se deduce (2).

He aquí a grandes rasgos la incompleta biografía de la célebre Antoñica que inspiró y dió nombre a la égloga de Lope que por la primera vez se publica hoy a continuación.

* * *

El borrador de la égloga Antonia ocupa en el citado códice de Durán 26 folios de tamaño 4.º Comienza en el 70 (lám. 1) y se interrumpe en el 74 (lám. 2) al que siguen tres hojas en blanco en que Lope pensó reproducir la relación puesta en boca de Antonia. Vuelve a interrumpirse la égloga en el folio 88 (lám. 3 *A*) con una nota de Lope que dice: «ojo, pasa después de la loa». Debajo hay dos notas de Durán que dicen:

---

desgraciado suceso de su adorada Antoñita. Citaremos, por no cansar, entre las primeras *El Siglo de Oro,* incluída también en *La Vega del Parnaso,* y entre las segundas *La mayor virtud de un rey,* una de las últimas comedias de Lope, también en *La Vega del Parnasó* publicada.

(1) Refiriéndose al año que murió Lope, dice Montalván: «No se fiaba de su salud, con ser tan buena, porque sabía que cualquier enfermedad tiene más peligros en los hombres muy sanos que en los muy achacosos. Fuera de que había tenido de un año a esta parte dos disgustos – como si para una vida no bastase uno – que le tenían casi reducido a una continua pasión melancólica». Alude aquí Montalván a la muerte de Lopito y al rapto de Antonia Clara.

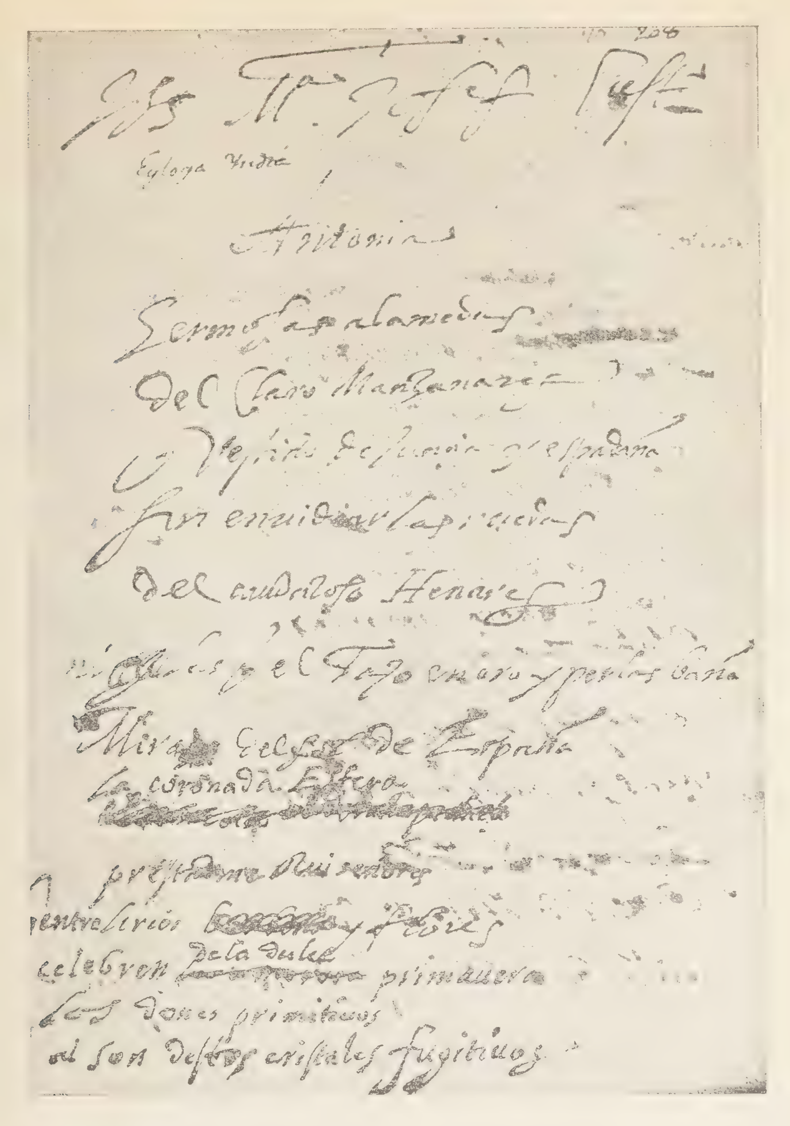
El Dr. D. Juan Antonio de la Peña, en la *Égloga elegíaca* que dedicó a la muerte de Lope, narra también veladamente la ingratitud de Antonia y su influencia en la muerte de su padre. También hacen referencia al caso el presentado Fr. Francisco de Peralta y el Dr. Francisco de Quintana, entre otros varios.

Pero después de vista la amargura, la verdadera desolación que respira la égloga *Filis,* del propio Lope, ¿a qué fatigarnos en allegar testimonios de su dolor y del efecto mortal de penas tan inconsolables?...

(2) H. Rennert y A. Castro reproducen parte de este testamento en su citada *Vida de Lope de Vega,* Madrid, 1919, pág. 357, tomándolo del trabajo del Sr. Cotarelo publicado en el *Boletín de la Academia Española,* II, pág. 170, y añaden por su cuenta: «La cantidad de joyas y el bienestar que descubre este testamento revela la riqueza del amante de Antonia Clara, si es que sólo del raptor procedían aquellas dádivas; es, en efecto, sorprendente que habiendo permanecido Antonia soltera, su fortuna, a los cuarenta y siete años, procediese únicamente de las consecuencias del rapto acaecido treinta años antes; pero todo pudo ser».

Una:

«Esta égloga que aquí queda interrumpida por la loa que debió precederla, continúa en los folios 94, 95 y 96».


Antonia

Hermosas alamedas
del claro Manzanares
[illegible]
sin envidiar [illegible]
del caudaloso Henares
[illegible] y el Tajo en oro y perlas baña
Mira [illegible] de España
la coronada Esfera
[illegible]
presten [illegible]
entre lirios [illegible] y flores
celebren de la dulce [illegible] primavera
los dones primitivos
al son destos cristales fugitivos

Lámina 1.

Y otra:

«La composición que sigue en el folio inmediato es una loa que debe preceder a esta égloga y es muy curiosa para la Historia del Teatro».

Lo que no observó Durán—y está bien claro, sin embargo, en el manuscrito—es que Lope pensó dar aquí por terminada la égloga pues al verso dicho por Feliciana:

> Cerró la puerta sagrada

siguen otros dos tachados, que hacen referencia al baile final, y la rúbrica de Lope. Esto explica también el comienzo inmediato de la loa.

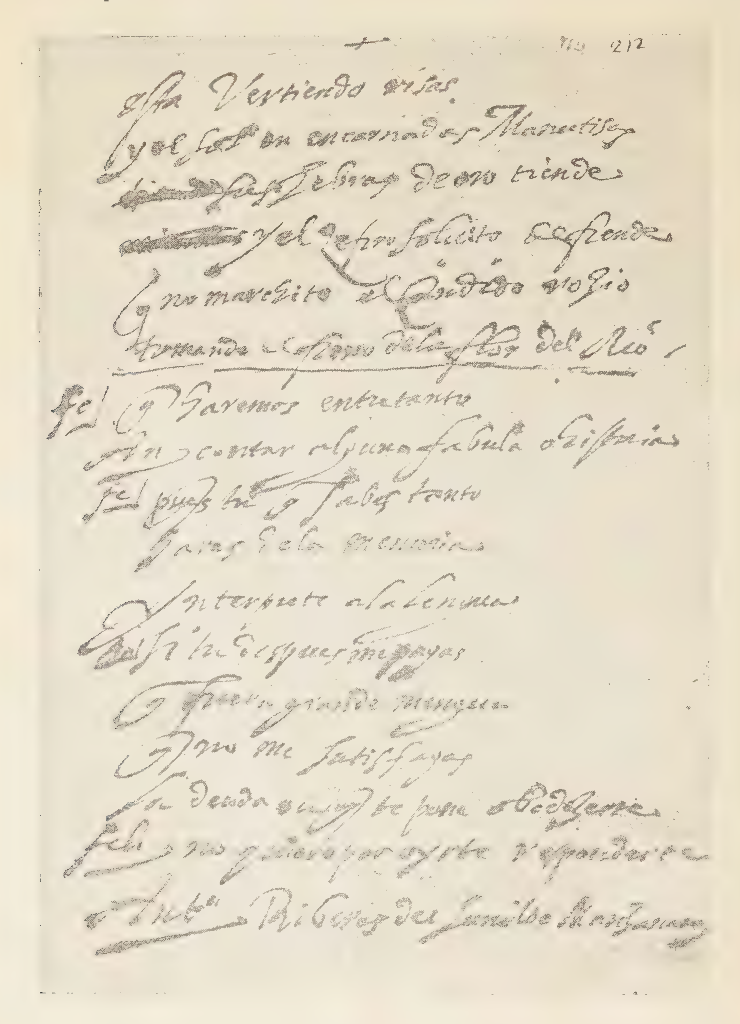
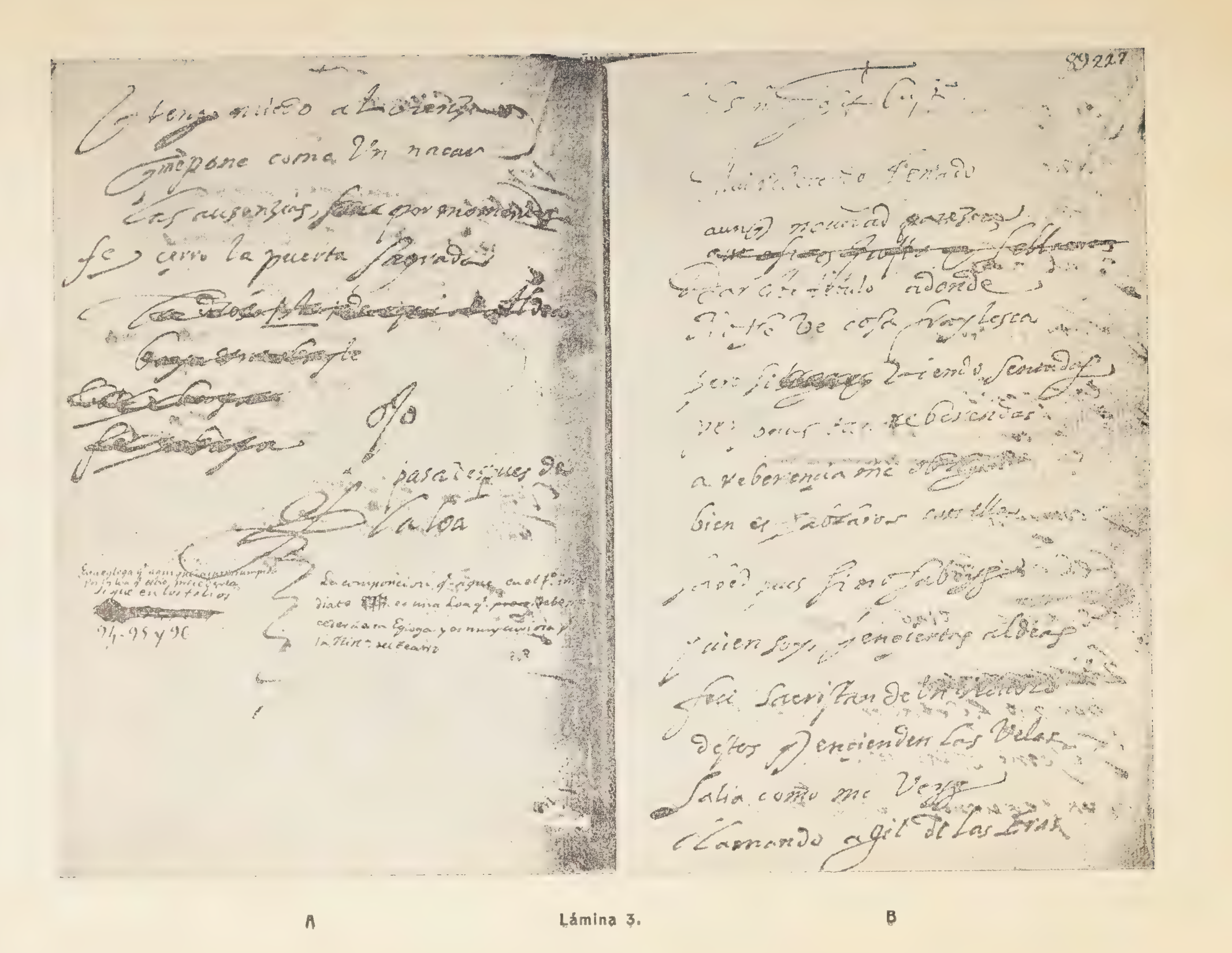


Lámina 2.

Del folio 89 al 93 *intercala* Lope la loa (lám. 3 *B.*) que ha de decirse antes de la égloga y ésta continúa en el folio 94 vuelto hasta el 96 vuelto, en que termina, anunciando el acostumbrado baile



me pone como un nacar
se cerró la puerta sagrada
pasatiempos de
Ulloa
94 . 95 y 96

adonde
a reverencia me
destos encienden las Velas
Salia como me Veys
llamando Gil de las Eras

A Lámina 3. B

final (lám. 4). Al pie del folio 96 vuelto una apostilla de Durán dice: «En el folio 74 falta una relación que debe cantar Antonia cuyo primer verso dice:

«Riberas del humilde Manzanares»

después del cual siguen tres planas en blanco donde sin duda debió Lope continuar esta relación».

Ya hemos visto lo que había en esto.

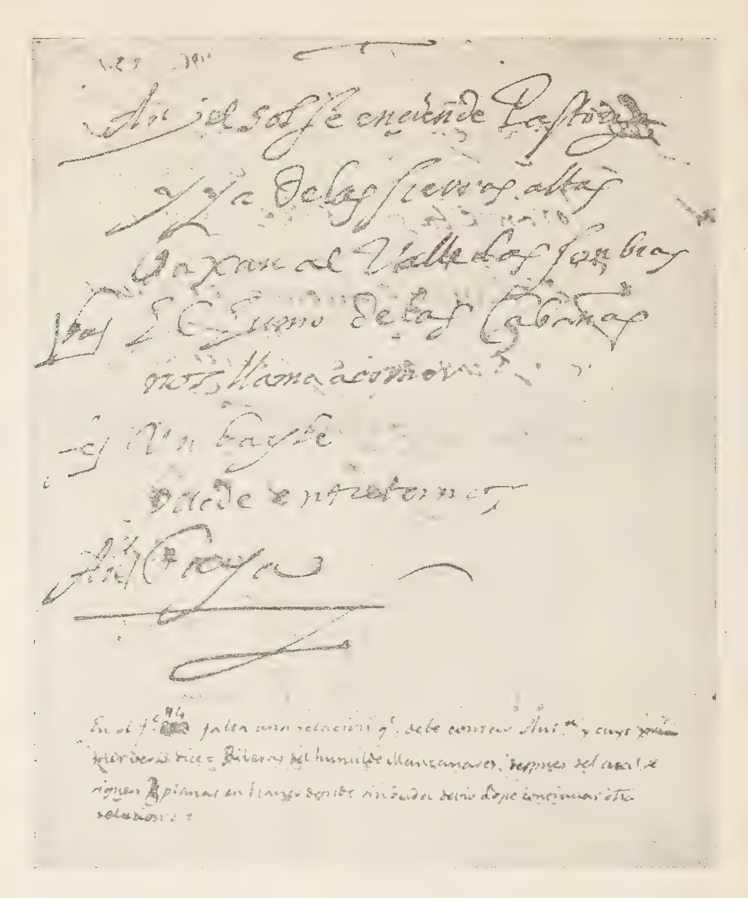


Lámina 4.

Nosotros nos hemos limitado a completar la égloga y corregir este desorden—como lo hubiera hecho Lope—, de enviar su original a la imprenta, y publicamos la égloga precedida de la loa como era costumbre y el mismo autor indica en su borrador. Por lo demás, aunque conservamos la ortografía de Lope, adaptamos la puntuación

a la nuestra para mayor facilidad en la lectura y mejor inteligencia del texto, algo confuso, sin embargo, en determinados pasajes. Y sólo nos permitiremos algunas notas aclaratorias del asunto, o referentes al proceso de composición del poema que también se aprecia sobre las enmiendas, tachas y añadidos de este precioso original, documento vivo de la manera de hacer de Lope de Vega y espejo palpitante de su espíritu y de su inspiración privilegiada.

LOA (1)

PARA LA ÉGLOGA

ANTONIA

«Muy reverendo senado
Aunque novedad parezca
Dar este título adonde
No se vé cosa frailesca;
Pero si viendo sentadas
Personas tan reverendas
A reverencia me obligan,
Bien es hablaros con ella.
Sabed pues, si no sabeis
Quièn soy, que en ciertas aldeas
Fuí sacristan de un retablo,
Destos que encienden las velas.
Salia como me veis,
Llamando a Gil de las Heras,
Con cuya muger bailaba,
Requebrándola en su ausencia.
Esto acechaba el villano,
Y al abrazarme con ella,
Sobre el bonete me daba
Seis palos en la cabeza.
Crecí con los buenos años,
Y como ya por la puerta
Del retablo no cabia,
Dejé el retablo por fuerza.
Por no sujetarme á autores,
Híceme autor de la legua
Con pequeña compañía;

---

(1) Publicada por la primera vez—que sepamos—por D. Cayetano Rosell en su colección de *Obras no dramáticas de Lope de Vega. Biblioteca de Autores Españoles,* de Revadeneyra, Madrid, 1856, vol. XXXVIII, pág. 240, sección de Letrillas, glosas, romances, etc., sin más comentarios que la famosa nota sobre la égloga. D. Cayetano Alberto de La Barrera la reproduce en su *Nueva biografía de Lope,* edición de la Real Academia Española. D. Francisco Asenjo Barbieri, en su libro *Últimos amores de Lope...,* la inserta también con alguna nota sobre las alusiones a los cómicos de entonces, que aquí reproducimos.

Que así la humildad comienza
Por no cansar los señores,
Solicité los poetas;
Híceme amigo de Lope,
Porque somos de una tierra,
Lope, que sin ser Mendoza,
Es más Hurtado que Vega.
Compré comedias famosas
De Montalvan y de Mescua;
Dióme divinas Godinez,
Luis Velez Escanderbecas.
Las de Don Juan de Alarcon
Todas me salieron tuertas;
Que aunque es letrado en derechos,
Nunca las hizo derechas.
Entraba, despues de hacer
En Carabanchel las fiestas,
Por la vendimia en Esquivias,
Por las guindas en Illéscas.
Traia, por imitarlos,
Un prado de poca yerba
Una Amarilis de tripa
Y un cintor de Talavera,
Una candada sin guardas,
Un avendaño de jerga,
Un bezon de cordellate
Con un arias de bayeta (1).
Perdime, en fin, aquel año;
Mas, llegada la cuaresma,
Reformé la compañía
Y busqué comedias nuevas.
Estando pues en Argete
Aquestas Carnestolendas,
Supe que estaba en Madrid
El señor Duque de Sessa,

---

(1) «Alude Lope á los comediantes famosos de aquel tiempo. Antonio Prado, ó Sebastian su hijo; la famosa *Amarilis* (María de Córdoba y de la Vega); Gabriel Cintor; la Candada (Mariana de Velasco, mujer de Luis Candado, que murió el mismo día que su marido, y se enterró en su mismo ataud); Cristoval de Avendaño; Juan Bezon y Damian Arias de Peñafiel». N. de Barbieri.

Padre del Conde de Cabra,
Que por él en cierta iglesia,
Segun despues me contaron
Del padre de las saetas,
Me tuvo en carnes un dia,
Y aun tengo para señas
Guardados ciertos diamantes
Por si el parentesco niegan.
Desde entonces me llamaron,
Puesto que mis padres eran
Nevares de la montaña,
Limpios como nieve en ellas,
El sacristán Cordobilla;
En fin, por hacer la fiesta,
Truje aquí mi compañía
Para servirle con ella.
Es compañía de nones,
Número que siempre acierta,
Porque no llegan a cuatro,
Si la música nos deja.
En un pollino cupimos,
Sentados desta manera:
Feliciana en el albarda,
Que hace las damas primeras:
Yo en el pescuezo, que soy
Arias de mejores piernas;
Deste Pegaso en las ancas
Gregorillo, linda pieza,
Hace los romos y baila,
Y duerme por excelencia.
Sabiendo pues que es Antonia
la que agora se celebra,
Por daros gusto, me he dado
Dos refregones en ella.
Alandola, alandola;
Tenga yo mi gusto y ruede la bola.
»Con esto hoy quiero serviros
Con una égloga nueva
que compuse una mañana,
pidiendo a Lope de Vega
que me diese un estornudo

De su siempre fértil vena,
Si estaba con romadizo
Destas mudanzas y nieblas.
Ayudáronme las musas;
Díles pasteles y ojuelas,
Y enseñáronme este baile,
Como era Carnestolendas.
Que si no tiene saya Marigandí,
Que si no tiene saya, ¿qué se me da a mí?
»Pero ya estareis cansados,
Si bien será lo que queda
Tan breve como en el aire
Pasa la veloz cometa.
Despues os prometo hacer
La Morondanga, comedia
De tramoyas; *la Morronda,*
La gallarda Turronera,
La Pandorga de D. Juan,
La Viuda por defuera,
Los pesos falsos de Filis,
Y el Venturoso con suegras,
El Preñado treinta meses,
El Chocolate en Lucena,
Pero Jimenez en cueros,
Compuesto en diversas lenguas;
El Amante sin dinero,
La dicha sin merecella,
La Dama flaca sin naguas
Y *La Tusona sin vieja,*
El Palomar de Amarilis,
El Torrezno de Isabela,
Y otras muchas que vereis,
De diferentes poetas.
»Con esto, voy á vestirme;
Que Feliciana me espera;
Dios os dé mil alleluyas
Despues de santas cuaresmas;
Que el sacristan Cordobilla
No pide por la comedia
Dineros; ya está pagado.
Dios guarde al Duque de Sessa.»

ANTONIA

[ÉGLOGA INÉDITA DE LOPE DE VEGA]

Ihs. M.ª Josef. Cust.º

ANTONIA. Hermosas alamedas
del claro Manzanares (1)
que vestido de juncia y espadaña
sin envidiar las ruedas
del caudaloso Henares
ni las que el Tajo en oro y perlas baña,
mira del sol de España
la coronada Esfera;
prestadme ruiseñores
que entre lirios y flores
celebren de la dulce primavera
los dones primitivos
al son de estos cristales fugitivos.

FELICIANA. Riberas celebradas
de amantes venturosos,
mudos testigos de fabores tantos,
frondosas y esmaltadas
entre lirios zelosos
de fertiles berbenas y mastrantos...
Aves que en dulces cantos
con sonora armonía
vuestros celos y amores
contastes a las flores
a las primeras margenes del día,
vestid eterno luto,
ni lleve el Prado flor, ni el arbol fruto.

ANTONIA. Oreas y Amadrias
y lascivas Napeas
de quien Tantalos son satiros tantos

---

(1) El pobre río madrileño tiene una riquísima historia poética. Sería curiosa la recopilación de un Cancionero del Manzanares colegido entre las obras de los poetas castellanos de todo tiempo, sin excluir a la musa popular. Lope, solo, proporcionaría muchas y bellas páginas a ese Cancionero. Ahí está la idea por si algún emérito madrileñi la quiere ponerla en práctica.

que por cuebas sombrías
entre juncias y neas
os miran desnudar los verdes mantos...
Asi jamás los llantos
de tortolas viudas
vuestros coros alteren
ni los faunos esperen
veros en fuentes ó arboles desnudas,
que celebreys conmigo
la paz que gozo y la quietud que sigo.

FELICIANA. En tanto humilde Rio
que baxas de las niebes
de aquel monte gigante castellano,
Assi xamás estio
ympida que no llebes
tributo dulce al Tajo toledano,
que con auara mano
des humido alimento
á los prados de suerte
que no puedan deuerte
yerba ni flor a la desdicha atento
de unos zelos traydores,
que donde llora Amor, no agradan flores.

ANTONIA. Si alguna vez tubiste,
humilde Manzanares,
por que de perlas y corales rojos
la frente no ceñiste,
envidia de los Mares
que al Sol ofrezen ambar en despojos,
buelbe los claros ojos
de tu soberbia puente
á la guirnalda rica
que el alto cielo aplica
a las humidas sienes de tu frente
en los Reyes de España,
cuyas carrozas tu corriente baña.

FELICIANA. Si alguna vez lloraste,
Manzanares, la pena
efecto de algun tragico sucesso
y tus ojos cegaste
con turbulenta arena

de negras ondas oprimido y preso,
Agora con exceso
llora la gran desdicha
de una Pastora hermosa
que como tierna Rosa
al medio dia de su alegre dicha
cortada de un villano,
dejó sin vida al Mayoral Seyano (1).

ANTONIA. Parezeme que siento
aquí cerca suspiros
y no pienso que fué sospecha vana
pues viene a paso lento
por azules zafiros,
bioletas de la candida mañana,
mi amiga la pastora Feliciana.

FELICIANA. No en vano el verde prado
se esmaltaua de flores.
Antonia mia, adonde?..

ANTONIA. Con paso descuidado,
oyendo los amores
que Filomena tragica responde
al robador Teseo,
me lleva el libre gusto que poseo.

FELICIANA. A mi solo buscarte, pues hallarte
nó fué ventura poca.

ANTONIA. Pues aqui nos sentemos,
que como verde alfombra nos proboca
esta pintada parte
del prado á quien debemos
la cortesía de sus bellas flores,
almohadas de telas de colores,
con que amorosamente nos convida.

---

(1) Lope da en otras ocasiones este nombre al Duque de Sessa. Recuérdese el soneto que empieza:

«*Seyano*, a leves culpas graves penas...»

y que también alude a sucesos del Duque.

Por cierto que en el borrador de esta égloga aparece otras veces, las más, tachado y sustituído por el de *Silvano*, así como el de Feliciana por *Florisdana*, sin duda por disfrazar algo más a los verdaderos personajes.

FELICIANA. No amiga, por tu vida,
que, en tanto que se toca la mañana
en guedejas de sol cofias de grana,
mexor es pasear entre las flores
oyendo los amores
de dulces paxarillos
mientras se esconden los sonoros grillos
musicos tristes de la noche escura.
ANTONIA. Bien dizes que la Aurora en rosa pura
está vertiendo risas
y el sol en encarnadas Manutisas
sus hebras de oro tiende
y el zefiro solicito defiende
que no marchite el candido rocio
tomando el fresco de la flor del rio
FELICIANA. ¿Qué haremos entre tanto?
ANTONIA. Contar alguna fabula o historia
FELICIANA. Pues tu, que sabes tanto,
harás de la memoria
Interprete á la lengua.
ANTONIA. Si tu despues me pagas;
que fuera grande mengua
que no me satisfagas
la deuda en que te pone obedezerte.
FELICIANA. No quiero, por oyrte, responderte.
ANTONIA. «Riberas del humilde Manzanares (1).
apacentaba una Pastora hermosa,
que trasladada del famoso Henares (2)
honraba su corriente sonorosa:
donde con voces tiernas y dispares
se quexa Filomena lastimosa,
hay una fuente cristalina y fria
en cuyo espejo el sol comienza el dia.
»Tirano de su gusto y hermosura,
un rústico Pastor era su dueño,

(1) Aquí falta en el borrador—que deja tres foli s en blanco—esta relación de Antonia que hemos hallado, como se ha dicho, bajo el título de «*Estancias*» en *El Laurel de Apolo*, con lo cual queda completa la égloga.

(2) En la égloga *Amarilis* del propio Lope, dedicada toda ella a la accidentada historia de sus amores con Doña Marta de Nevares—que es aquí la pastora Filida—, se dice que ésta había nacido en Alcalá, aunque de la partida de casamiento de la dama—publicada por D. Narciso Alonso Cortés *(Boletín de la Academia Español* , III, 223)—se desprende que era de Madrid.

que toda la aspereza y espesura
del bosque inculto retrató en su ceño (1):
al rayo de su luz hermosa y pura
desvelado Lisardo (2) pierde el sueño,
celebrando su nombre en versos graves
como al salir del sol cantan las aves.

»Oh, mas hermosa Pastorcilla mia,
que entre claveles cándida azuzena
abre las hojas al nacer el día,
de granos de oro, y de cristales llena:
¿qué fuerza, qué rigor, qué tiranía
a tanta desventura te condena?
¿mas quándo á tantas gracias importuna
no fué madrastra la cruel fortuna?

»¿Visteis por dicha, Ninfas, la belleza
en este valle de sus verdes cielos,
si aquel alma de roble, y su aspereza
esta licencia permitió á sus zelos?
Aquí vimos, responden, su tristeza
murmurada de tantos arroyuelos,
que á las aguas, las plantas y las flores
dió vida, dió esperanzas, dió colores.

»En esta fuente, cuya márgen pisa
tal vez con breve estampa el pie de nieve,
en la del agua retrató su risa
y con sus rosas su hermosura bebe:
tuviera el valle nueva flor Narcisa,
pues á mirarse Filida se atreve,
pero turbó el cristal llorando enojos
el claro aljofar de sus verdes ojos.

»No pudiendo Lisardo resistirse
a tanto amor, y por ventura amado,
con dulces ansias intentó morirse
sobre las yerbas del florido prado:
que imaginando un Angel consumirse,
que debiera vivir bien empleado
por lo menos gozandola un discreto,
su desesperacion puso en efeto.

---

(1) Roque Hernández de Ayala, el lamentable marido de doña Marta, era, como se ha dicho en extremo velludo, cejijunto y mal encarado.

(2) *Lisardo:* Lope de Vega.

»Las Ninfas y Pastores que le oyeron,
viendo que su Pastor se les moria,
baxaron á llorarle, y le cubrieron
de quantas flores en el prado habia;
y en el papel de un álamo escribieron
para memoria de aquel triste dia:
Ninfas de Manzanares, y Pastores,
ya no hay Amor, que aquí murió de amores.
»Oyó las quexas la Serrana hermosa,
y llegando al lugar adonde estaba,
al frio labio le aplicó la rosa,
que los divinos suyos animaba;
y fué aquella virtud tan poderosa,
que le dió vida al tiempo que espiraba...
Y desde entonces Ninfas y Pastores
a desmayos de amor aplican flores.»

FELICIANA. Notable hystoria, pero, ya que llena
de algún tormento y pena,
con fin alegre en que se olvida quanto
obliga á tierno llanto;
dichoso fué el pastor, pero suspende
Antonia el labio hermoso, de quien pende
todo un Abril de flores,
al eco dulce de cancion de amores
que con sonora voz se escucha y duele.

ANTONIA. Detrás de aquellos olmos cantar suele
una Ninfa que encanta

FELICIANA. Se escucha la cancion que llora y canta.

LA VOZ. Vive seguro Pastor
que despues, o gran mancilla,
que murió Julia en la Villa
ya no hay en la villa Amor.
Seguro estás de perderte
que ya del Amor las flechas
quedaron pedazos echas
a las manos de la muerte.
Nadie le tiene temor
que despues, o gran mancilla,
que murió Julia en la villa
ya no ay en la villa Amor.

ANTONIA. Agradome en extremo
mas no entiendo la causa ni el sujeto
FELICIANA. Aunque decirla temo,
por pagarte la deuda y el conceto
que de mi Amor hiziste,
oye la historia triste,
que si el dolor la pinta
lágrimas tristes servirán de tinta (1)
Julia, pastora hermosa
que dió nieve al jazmin grana á la rosa,
con Fabio mal casada,
que no es casada la que está forzada,
era el sol de la villa,
era de Amor la otava maravilla,
era el Ara de Amor porque mataua
quanto mirava, aunque matando daua
vida á quien dava muerte.
Viola Silvano (2) por su triste suerte;
Silvano (3) el mayoral de nuestro Monte
por todo el orizonte
de la sierra de España es conozido,
que tiene su distrito dividido
de Mar a Mar con peñas desiguales,
aquel cuyos aguelos generosos
dieron a los mas altos Mayorales
fertiles, tierras campos espaciosos,
quitando los ganados y los robos
á los Franceses lobos
en las frescas riberas del Lebeto
que baña el mar de Italia con respeto.
Viola Silvano, (4) en fin, nieto de Marte,
hermano del que vibra el estandarte

---

(1) Toda esta historia es fielmente alusiva a amores y sucesos del Duque de Sessa, que presenciaba probablemente la representación de la égloga en casa de su amigo Lope, y en cuyo honor hacía éste cantar y contar a la pastora Feliciana.

Por no hacer estos sucesos a nuestro asunto no entramos aquí en mayores esclarecimientos. De ellos hay frecuente mención en la correspondencia abundantísima de Lope y el Duque y a ellos se refieren precisamente algunas de las últimas cartas halladas por D. F. A. de Icaza y publicadas en la *Revista de Occidente,* núm. XIII págs. 1 a 42.

(2) Debajo, tachado: *Seyano.*

(3) Ibid.

(4) Ibid.

del león de España invicto
en el mismo distrito,
y quisola de suerte
que no pudiera menos que la muerte
sacarsela del pecho.
Sirviola satisfecho
de que era tanto amor tan bien pagado,
que nadie tiene Amor si no es amado.
Pagaronse los dos tan tiernamente
que no vivían uno de otro ausente;
pasaban juntos lo que el tiempo daua
lugar, aunque ninguno le pasaua,
porque en dulces porfias
las noches eran dias
sin conocer mas sol que el de sus ojos.
Alli comunicauan sus enojos,
alli sus gustos, que en Amor los gustos
no fueran gustos sin haber disgustos.
¿Qué yedras se enlazaron en los colmos
de verdes ramas de acopados olmos
como los dos amantes?
¿qué dos representantes
se dixeron amores estudiados,
fingidos de Poeta celebrados,
como ellos verdaderos
naturales, sinceros,
puros como las almas y tan claros
como de amigos caros,
que entre amantes discretos
nunca estudian las almas los concetos.
Mas ay que en medio desta dulce gloria
un rico Mayoral turbó la historia,
de Julia pretendiente:
y en fin, mas poderoso que prudente,
solicito su gusto;
pero de su desden tanto disgusto
á los dos resultó que el poderoso
al buen Silvano (1) desterró zeloso.

---

(1) Debajo tachado: *Seyano*.

Partieronse los dos y los abrazos
fue dexarse las almas á pedazos.
El llevaba los que ella no tenia
y ella quedaua con los que el partia
Vivió Silvano (1), aunque murió Silvano (2),
los campos andaluzes mas tirano
de Julia que de sí por sus rezelos,
que no hay ausencia que perdonen zelos.

ANTONIA. Bien dizes Florisdana (3)
y mas quando ay traydores
que forman cuerpos de la sombra vana;
pero cuentame el fin de sus amores

FELICIANA. Qué fin quieres que quente
que ya te dixe que, Silvano (4) ausente,
murió la bella Julia...

ANTONIA. Extraño caso!

FELICIANA. Fué de la vida hasta la muerte esposa
tan breve y de dolor y de ansia lleno
que no faltó sospecha de veneno.

ANTONIA. O muerte rigorosa!

FELICIANA. Quando [a] tocar en la azuzena hermosa
de su rostro llegó su elada mano
no es pensamiento vano
decir que vi la muerte arrepentida;
pero matola para ser su vida
pues se quedó con ella

ANTONIA. Pienso que entonzes si de Julia bella
cerca estuviera el pecho de Seyano (5)
que se pasara el alma a el qual suele
por el humo á la mano,
la clara luz del que mató la vela.
Pero dexemos pues á todos duele
la historia triste, que desciende al llano
Bato á buen tiempo.

FELICIANA. Mi tristeza apela
á su donayre gusto y alegria,
si puede ser en la memoria mia.

---

(1) Debajo tachado: *Seyano*.
(2) Ibid.
(3) Antes, tachado: *Feliciana*.
(4) Tachado: *Seyano*.
(5) Aquí se olvida Lope de tachar y deja el *Seyano* revelador.

BATO. Bien podeys ganado mio
pazer sin dueño la yerba
que no es bien que le tengays
en tanto que yo le tenga
Pazed toruiscos amargos
y venenosas adelfas,
entrad por lejanos trigos
entrad sin temor que os prendan;
beued de turbios arroyos,
en cuyas pardas arenas
en uez de truchas pintadas
verdes ranas se aposentan.
No me canten ruiseñores
quando la Aurora amanezca;
responsos me canten buhos,
mochuelos tristes endechas,
pues Gila me desprecia,
donde sembrare flores nazcan suegras.
Plegue a Dios, ingrata Gila,
que si fueres á las eras
mala borrica te arrastre,
todos tus flaquezas vean.
Si salieres a baylar
resbales al dar la buelta,
caigas á los pies del cura,
patas arriua te tiendas;
quando estubieres durmiendo
plega á dios que a queso guelas
porque te coman ratones
la panza sin que lo sientas
y que topes si te casas
un marido que te muela
gustoso, con necedades,
y desabrido, con leña;
y a mi, pues que me dexas,
quien mal me quiere por detrás me muerda.

ANTONIA. Bato!
BATO. Serranas hermosas...
ANTONIA. Quando pensamos que fueras
el consuelo y alegria
de nuestra justa tristeza
vienes llorando ¿qué es esto?

BATO. Penas son que no son peras
FELICIANA. ¿Tú, penas, Bato.?
BATO. Pues no!
o estar sin alma o sin ellas
ANTONIA. ¿Perdiosete algun pollino?
BATO. No, Antonia
FELICIANA. Yendo a la feria
¿perdiosete algun cordero?
BATO. No, Feliciana.
ANTONIA. En la aldea.
sin duda te han agraviado
BATO. Tan poco!
ANTONIA. Pues sin afrenta,
sin perdida y con salud,
Bato, sin razon te quexas!
BATO. ¡Ay Antonia, ay Feliciana!
Ví a Gila, nunca la uiera,
xabonando una mañana
en Manzanares tan bella
que la espuma del xabon
iba convitiendo en perlas.
Dixele: tan lindas manos
labar del Amor pudieran
los pañales que en su niebe
fuera el peregil manteca.
Oyolo Amor y tirome
un asador por saeta.
No puedo comer, sin ganas,
No duermo, si me despiertan.
Estoy perdido
ANTONIA. Aora bien
entre aquestas alamedas
vive la Diosa Çilantra
que dá notables respuestas
Alli te aparta y las dos
antes que satiros vengan
la obligaremos que salga
haziendo á su templo fiestas
[ANTONIA.] Çilantra bella Diosa
de aquestas verdes seluas,
Oráculo del Monte,
sibila del aldea;

Tu, que de los amores
el fin dudoso enseñas
y das á sus preguntas
equivocas respuestas,
con apacible rostro
escucha nuestras quexas.

[FELIC.] Asi xamás los Faunos
y satiros lascivos
detras de aquestos sauzes,
amantes atrevidos,
quando coxiendo flores
en candidos cestillos
te obliguen a que dexes
las rosas y los lirios
y que tus pies parezcan
jazmines fugitivos.

[ANTONIA.] Como las voluntades
en las acciones nuestras
son siempre, y mas en ombres,
la cosa mas incierta,
a preguntar venimos
el fin que nos espera,
dudosas de las dichas
y de las penas ciertas
que no ay amando gloria
sin miedo de perdella.

[FELIC.] Quien duda que algun día,
bellisima Çilantra,
algun pastor amante,
si fué tu dicha tanta;
quien duda que tubiste
temores o esperanzas
y que otras hermosuras
con zelos envidiabas...
Pues si de amor supiste
responde á nuestras ansias.

[ANTONIA.] Aqui te ofrezeremos
dos candidas palomas,
rubies en los picos
y en las plumas alcorzas,
como las que de Venus

el carro de oro adornan,
para que a nuestras dudas
por ynterés respondas,
que no ay tan duro pecho
que el dar no le disponga.

BATO. Muy bien la habeys obligado
yo aportaré que os responde,
Si mi dicha no la esconde.
ANTONIA. Ninfa de este verde Prado
a quien Venus concedió
tener su oráculo aquí,
Seré venturosa?
LA VOZ. Sí
ANTONIA. ¿Seré desdichada?
LA VOZ. No
ANTONIA. ¿Quien me ha de ayudar?
LA VOZ. Fortuna.
ANTONIA. ¿Y quien más?
LA VOZ. Tu entendimiento.
ANTONIA. ¿Qué tendré siempre.
LA VOZ. Contento.
ANTONIA. ¿No tendré pena?
LA VOZ. Ninguna.
ANTONIA. Y dime ¿quien ha de ser
quien me ha de dar su fabor,
andando el tiempo
LA VOZ. Un Señor (1)
ANTONIA. ¡Ay Dios, me lo dexe uer!
FELICIANA. Yo te vengo á preguntar
lo que puede hazer quien ama,
si se le muere su dama,
para uiuir
LA VOZ. Olvidar.

---

(1) Como se ha visto por la histo ia de Antonia, este oráculo mintió lo más y sólo acertó lo de que un señor había de dar favor a la muchacha. Pero fué demasiado favor y demasiado señor para ella. ¡Qué lejos estaba Lope al escribir la preciosa escena de su égloga de presumir los males que a la protagonista y a él preparaba el destino!... Y, sin embargo, cuando pensamos en el medio en que las hijas de Lope crecieron y vivieron, en los ejemplos que del propio padre recibían, lo que hoy nos extraña es que no cupiera a todas un fin semejante.

FELICIANA. ¿No ay otro medio mexor?
LA VOZ. Otro amor.
FELICIANA. ¿Donde?
LAVOZ. Abrá mil,
FELICIANA. Era el passado gentil;
¿quien venzerá?
LA VOZ. Amor á Amor.
BATO. Agora pregunto yo,
señora Diosa Culantra,
asi los Faunos la fuerzen
quando duerma entre estas matas,
que me diga qué he de hazer
para ser bueno en mi casa.
LA VOZ. No juegues
BATO. ¿Cómo es posible?
¿y qué otra cosa me falta?
LA VOZ. No mientas.
BATO. Los mandamientos
deue de saber Culantra,
pero ¿qué he de hazer?
LA VOZ. Escriue.
BATO. Yo lo haré desde mañana
que tengo miedo á Lorenza
que me pone como un nácar
las ausenzias por momentos (?)
FELICIANA. Cerró la puerta sagrada (1)
BATO. Estrañas cosas ha dicho
ANTONIA. Si, pero la mas estraña
que Amor con Amor se quita,
si Amor con Amor se paga.
BATO. Para quitar el Amor,
si la esperiencia no engaña,
yo sé un remedio.
FELICIANA. ¿Y qual es?
BATO. Casarse dos que se tratan.

---

(1) Aquí, como decimos antes, fué donde Lope pensó terminar la égloga, haciendo seguir inmediatamente el baile, según indican los dos versos borrados. Creyó, sin duda luego, mejor continuarla, añadiéndole el precioso diálogo que sigue, donde, a vueltas de admirables obser vaciones, tan graciosas como exactas, sobre la naturaleza del amor en hombres y mujeres, recuerda al Duque más alegres aventuras y lo anima a continuarlas.

Porque, si el amor es miedo
de perder lo que se ama,
entibia la posesion
lo que anima la esperanza.

FELICIANA. Bato, ese conceto es
flecha de tu necia aljaua,
que no hay amor verdadero
sino el de dos que se casan.

ANTONIA. El hauito del Amor
dificilmente se rasga,
si no es faltando el sujeto,
quando viene estrecho al alma.
Los dos contrarios de Amor
son muerte y ausencia.

FELICIANA. Bastan
á dar ocasion de oluido
que el tiempo todo lo acaua.

BATO. Yo he visto muchas biudas
que lloran por la mañana
y se rien por la noche.

FELICIANA. *Y los hombres ¿cómo guardan*
respetos á la memoria
y obligaciones al alma? (1)
Ya verás como Seyano,
si no es que el ganado pasa
á Sierra Morena, presto
en nuestras Riberas ama;
que yo sé quando dexo
á Fenisa por Gerarda
Como á Gerarda por Julia (2).

ANTONIA. ¡O quanto á Gerarda amaua!

FELICIANA. Era bizarra Pastora.

BATO. Esa Pastora bizarra,
esa gallarda Pastora,
que mató quanto miraua,
anda agora con antojos
y no los dá de mirarla.

---

(1) Estos versos aparecen subrayados por Lope en el borrador. ¿Pensó tal vez suprimirlos en la representación porque le parecieron duros para el Duque?

(2) Alusión directa a antiguas amantes del Duque de Sessa.

Mas prega al Amor y al Cielo
que tope alguna serrana
Seyano que quiera bien
para que no se nos baya,
que es toda nuestra alegria.

FELICIANA. Ya sé yo que por su falta
lloran estas verdes selvas,
doblan las fuentes el agua,
pero, Bato, no le quieras
tanto mal.

BATO. ¡Ay Feliciana,
que ay en Manzanares Ninfas
que harán con quatro palabras
un jardin en una Artesa.

ANTONIA. Mexor es quitar la causa.
El es sabio y tiene exemplos.

BATO. Bien dizes, porque hay zagala
que tienen alma de cobre
y pensamientos de plata.

ANTONIA. El sol se enciende, pastores,
y ya de las sierras altas
baxan al valle las sombras.

BATO. El humo de las cabañas
nos llama á comer.

FELICIANA. Un bayle
puede entretenernos.

ANTONIA. Baya.

He aquí, en fin, completa, y por la primera vez impresa — que sepamos—, la égloga ANTONIA, que Lope de Vega pergeñó, para festejar a su hija Antonia Clara, en el espacio de una mañana, si hemos de creer lo que él mismo apunta en la loa por boca de «el sacristán Cordobilla»:

«Con esto hoy quiero serviros
con una égloga nueva
que compuse una mañana,
pidiendo a Lope de Vega
que me diese un estornudo
de su siempre fértil vena...»

Y Lope es fidedigno en la materia. El valor literario de la égloga es, empero, similar al de las mejores composiciones de esta índole escritas por Lope. Tiene el encanto, la frescura y la gracia inconfundiblemente características de su obra poética, por cuyo substrato atraviesa la rica vena de la poesía popular, nodriza de su espíritu. Está llena, además, de ese profundo y agudísimo sentido de la naturaleza y del campo que distingue a Lope entre los poetas.

En razón a la importancia histórica y autobiográfica, la loa - ya conocida—ha sido muy comentada por el cuadro que ofrece de la literatura dramática de su tiempo, con sus constantes alusiones a cómicos y autores y a las personas de la familia de Lope que han de representar la égloga. Sólo añadiremos por nuestra cuenta que el borrador es curiosísimo y está escrito en todos sentidos del cuaderno, aprovechado el papel hasta en las márgenes, como el que va añadiendo e intercalando, conforme se le ocurren, citas y alusiones, entre las cuales no podía faltar—como se ha visto — la rigurosa pulla a don Juan Ruiz de Alarcón, a cuya cordial enemistad rendía Lope un implacable culto (1).

Por lo que hace a la égloga propiamente, forman su cuerpo dos historias de amor, que pudiéramos llamar paralelas por muchos con-

---

(1) Lope, cuyos amores y odios no fueran nunca demasiado consecuentes, hizo a Alarcón excepción manifiesta y constante de esta regla. Y así lo declara paladinamente, con el más sincero y cruel desenfado, cuando en cierta ocasión dice:

«¡Pedirme en tal relacion
parecer! Cosa excusada;
porque á mi todo me agrada
si no es de Don Juan de Alarcón.»

ceptos. De la una es protagonista el propio Lope. El Duque de Sessa, de la otra.

La primera, que hubo de recitar Antonia, y está llena de ternura y de poesía exquisitamente sensual, hace referencia a los amores de Lope y de doña Marta de Nevares, aquí disfrazados con los nombres de *Lisardo* y *Fílida*.

La segunda, puesta en labios de Feliciana, alude toda ella a unos desgraciados amoríos del Duque *(Seyano)* con una dama mal casada *(Julia)*, que costaron al de Sessa unos meses de destierro, durante los cuales murió su enamorada. En el final de la égloga Lope trata de consolar al Duque, aconsejándole, por boca de pastoras y pastores, un nuevo amor como remedio único y seguro. Sabemos que el ilustre prócer seguía de bonísima gana estos consejos. En la misma égloga alude Lope a la facilidad con que siempre había su gran amigo cambiado de amores. Y aunque en casi todos ellos tuvo Lope, cuando menos, la parte de confidente, por no afectar directamente esta historia a nuestro asunto no entramos aquí en más averiguaciones, y remitimos al lector a las obras repetidamente citadas en el curso de este trabajo.

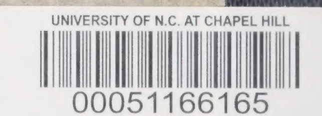
A ellas habrán de acudir también, principalmente, los que quieran conocer en todo detalle cuanto hasta hoy se sabe, así de Lope y de los personajes de su intimidad aquí mencionados, como de la obra inmortal del Fénix de los ingenios. En esos libros encontrará también el curioso copiosa y circunstanciada bibliografía de cuanto sobre Lope se ha escrito en todos los países del mundo.

Por nuestra parte la labor ha terminado, acabando nuestra misión, no otra, según anunciamos desde luego, que la de comunicar al público el precioso hallazgo de una obra de Lope, hasta hoy no sólo inédita e incompleta, sino casi totalmente desconocida de los modernos historiadores del Ingenio Fénix, a los cuales la entregamos como un nuevo material de estudio.

Y no queremos por ello más albricias—fuera de la gran satisfacción que el delicioso encuentro nos produjo—que las de haber estimulado—si a tanto alcanzó nuestra ventura—el entusiasmo y el celo de los numerosos, cultísimos y beneméritos devotos, españoles y extranjeros, del más grande de nuestros poetas.

Manuel Machado.

Biblioteca Municipal.



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00051166165